



## XXII.

### IRLANDA Y FLANDES.

1579—1587.

Expedición pontificia.—Naufraga en la costa de España.—Se rehace.—Desembarca en Kerry.—Se fortifica.—La desbaratan los ingleses.—Crueldad de Walter Raleigh.—Sitio de Amberes.—El puente de Farnesio.—Empeño para destruirlo.—Ingenios y máquinas.—Explosión espantosa.—Efectos.—Navío colosal.—No responde al propósito.—Batalla en un dique.—Vencen los españoles.—Capitula Amberes.—Peligroso trance en la isla de Bomel.—Salvamento.—Expugnación de la Escusa.—Se rinde.—Opinión de la marina española.



EN razón se ha atribuído al rey D. Felipe la idea de invadir á Irlanda como diversión que entretuviera á Isabel Tudor en los momentos en que iba á emprender la campaña de Portugal. El desastroso intento, por lo que puede vislumbrarse á través de la nebulosidad de los historiadores de la época, fué iniciado por James Fitzmauri, católico irlandés, que alcanzó de Su Santidad bula desposeyendo á Isabel de la corona de la isla, y auxilio material de hombres, armas y dinero <sup>1</sup>. Don Felipe

<sup>1</sup> Lingard, *History of England*.—*Histoire des descentes qui ont eu lieu en Angleterre, Écosse et Irlande*, París, 1798.—*Mémoires de la Ligue*, Amsterdam, 1758.—Cabrera de Córdoba, *Felipe II*.—St. John, *Life of sir Walter Raleigh*, London, 1868.—Fraser Tytler, *Life of sir Walter Raleigh*, Edimburg, 1844.—Dargaud, *Histoire d'Élisabeth*.—Antonio de Herrera, *Segunda parte de la Historia general del mundo*, Madrid, 1601. Este último entiende que los promotores de la jornada fueron Jacome Geraldino y Tomás Estruleo, inglés. Babía en la *Historia pontifical* le nombra Tomas Sternvile, y dice que el rey D. Felipe le dió título de Marqués. En la correspondencia del Duque de Alba (*Colección de documentos inéditos*, t. xxxiii, pág. 15), se da por avisado de «que los italianos que van á lo de Irlanda entrarán en la Coruña». La carta es del año 1580: Cabrera de Córdoba pone el suceso entre los de 1586.



no hizo otra cosa que acceder á las instancias del Papa para que consintiera levantar gente voluntaria en sus Estados.

El hecho es que en el verano de 1579 salió de Civita Vecchia la expedición, navegando con tan mala fortuna que las naves naufragaron en la costa de Galicia; y solicitando Su Santidad amparo para los que marchaban por su cuenta, con la venia del Soberano comisionó el Nuncio apostólico al deán de Palencia para entender en el asunto, proveyendo á los expedicionarios de otros navíos, vituallas y pertrechos.

Reorganizada la tropa y crecida con voluntarios castellanos, embarcó en ocho naos y cuatro pataches mandados por Juan Martínez de Recalde. Componían los soldados un total de 1.500 hombres, italianos y emigrados irlandeses en su mayoría; llevaban banderas con las armas de la Iglesia; por jefe principal, con título de Comisario de Su Santidad, iba Sebastián de San Giuseppe ó Juseppe; por capitán de los italianos, Hércules de Pisa, conduciendo además los bajeles buena provisión de víveres, municiones y armas para 4.000 hombres.

La escuadra entró sin accidente en Smerwick, puerto de Kerry, al Oeste de la isla: desembarcó la gente, uniéndose á los alzados irlandeses que capitaneaban James Fitz-Maris, ó Fitzmauri y el Conde de Desmond; y viendo que los elementos con que contaban no correspondían á las voces públicas, volvióse Martínez de Recalde, trayendo más de trescientos de los españoles enganchados. Quedaron únicamente unos ochenta <sup>1</sup>, componiendo con los demás expedicionarios cuerpo de 600 á 700, y á la entrada del puerto de Lymbrik, sobre una roca bañada por el mar, hicieron atrincheramiento, denominado Castillo del Oro.

Acudió el gobernador inglés Lord Grey con fuerzas que establecieron el sitio por tierra, mientras batía al fuerte por mar el almirante Winter: los expedicionarios se defendieron bizarramente esperando socorro de los irlandeses, hasta que desesperanzado el jefe San Giuseppe, contra la opinión y voluntad de los oficiales pidió capitular. Preguntado en qué

<sup>1</sup> Lingard, *History of England*.



nombre hacia las proposiciones, respondió que en el de Su Santidad el Papa, al oír lo cual se desataron en impropiedades los ingleses. Insistió, sin embargo, en el parlamento, obligándose á entregar el fuerte, poner el dinero y armas en manos del Gobernador, sin otra condición que la vida salva; y como le fuera acordada, se rindió el 9 de Noviembre de 1580. Volvieron á declarar los italianos haber ido por mandato del Papa, en defensa de la fe cristiana, manifestando los castellanos que se embarcaron sin orden del Rey, acudiendo al llamamiento de Juan Martínez de Recalde, que gobernaba la mar en Bilbao y reclutaba gente sin decir para dónde <sup>1</sup>. Walter Ráleigh, que se hizo cargo de los prisioneros, separó 20 de los principales, esperando obligarles al rescate, y á pretexto de ser dificultosa la custodia de los otros mandó ahorcar á 17 y pasar á cuchillo al resto, á sangre fría, vanagloriándose de tal atrocidad <sup>2</sup>. Las víctimas fueron 400 al decir de algunos escritores <sup>3</sup>; otros las elevan á 600 <sup>4</sup>.

De este modo se daba á conocer, joven, un personaje con que hemos de tropezar frecuentemente en los sucesivos, por la ingerencia que tuvo en asuntos de Flandes, y más aún en los de las Indias.

Nada hemos vuelto á contar de la región primera; del campo de la herejía, desde que por muerte de D. Juan de Austria quedó encomendado el mando del ejército español á Alejandro Farnesio. La situación en que se vió era complicada y gravísima, llegado caso en que de las 17 provincias de los Países Bajos, tres tan sólo reconocieran al Rey de España por soberano, y éstas del interior, sin costa ni puertos, y sin que la marina tuviera, por tanto, que hacer papel.

Dos acontecimientos de importancia suma, la expulsión de los franceses, con desprestigio del Duque de Alenzón, y la muerte del Príncipe de Orange, determinaron al de Parma á proceder con energía, tomando las plazas de Iprés y de Bru-

<sup>1</sup> St. John, *Life of W. Raleigh*; *Mémoires de la Ligue*.

<sup>2</sup> St. John.

<sup>3</sup> Idem.

<sup>4</sup> Lingard, *Histoire de la Ligue*.



jas y poniendo en jaque á la de Gante, mientras maduraba el plan gigantesco de expugnar á Amberes, centro de la insurrección, residencia de su Gobierno, plaza la más importante del país por la población y la riqueza.

Situada en la orilla derecha del Escalda, ancho y caudaloso en aquel sitio, lo suficiente para formar puerto de mar adonde llegaban las mayores naves de todas naciones, la guerra había aumentado la importancia de sus transacciones comerciales y fabriles con la de carácter político y militar. Contaba, á más de las condiciones de situación y de las fortificaciones de plaza de primer orden, con el concurso de las flotas de Holanda y Zelanda, y el abierto auxilio de Inglaterra, mientras que para atacarla no disponía Farnesio de más de 10.000 infantes y 1.500 jinetes españoles, italianos, walones y alemanes. La empresa parecía, por tanto, quimérica á muchos de sus capitanes, juzgando casi imposible cortar la comunicación marítima, por donde tendría toda especie de recursos, y peligroso, aun sin esto, emprender el sitio con tan poca gente, dejando á la espalda las plazas de Gante y Terramunda; mas á todo respondía el Príncipe que cuanto mayores fueran las dificultades más les importaba acometerlas, buscando ocasión de un acto arrojado y de realización tan poco esperada que impusiera al enemigo.

Resolvió, pues, en el año 1584, por propia iniciativa, uno de los hechos de armas de más admiración y fama con que acabó el siglo, cercadas casi á un tiempo y tomadas en un año cinco ciudades; emprendidas para la principal obras é ingenios nunca vistos <sup>1</sup>, siempre en la idea de que mucho importa á un general, cuando tiene entre manos empresa donde

<sup>1</sup> Del sitio trata con más amplitud y conocimiento militar que los autores antes citados, el capitán Alonso Vázquez, *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos LXXII, LXXIII y LXXIV, y en nuestros días D. Francisco Barado, historiador militar, concienzudo y diligente. Su obra especial, que empezó á imprimirse en la *Revista técnica de Infantería y Caballería* el año 1891, y terminó en 1895, después de escrito este capítulo, se titula: *Sitio de Amberes. Antecedentes y relación crítica, con el principio y fin que tuvo la dominación española en los Estados Bajos*. 8.º



espera sacar fruto y aumentar nombre y reputación, hacer posibles algunas cosas que parecen no serlo.

Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis ó Aldegunda <sup>1</sup>, burgomaestre de la ciudad, tan luego como advirtió preparativos que mortificaban á su incredulidad en el ataque, puso cuidado en fortificar las orillas del Escalda más de lo que estaban, construyendo tres leguas más abajo de la ciudad el fuerte de Liefkenshoek y ensanchando por frente el de Lilloo. En el intermedio levantó reductos en protección de los diques, disponiendo en estos cortaduras por donde se inundara el país siendo menester.

Con igual interés procuró Farnesio embarazar ó destruir estos trabajos, persuadido de que sin dominar el río nada lograría en la plaza; expugnó, por tanto, el fuerte de Liefkenshoek, tomándolo y montando en él artillería que molestaba á las embarcaciones, principalmente á las de gran porte, mas no estorbando del todo el paso á las menores.

Concibió la idea de construir una barrera de orilla á orilla, poniéndola por obra con mofa de los habitantes de Amberes: tanto la estimaban impracticable. Elegidos dos puntos á propósito, en lo más estrecho y donde hace recodo, se empezó á la vez por ambos estacada doble, enlazando y asegurando las piezas entre sí, formando sobre ellas camino practicable para ocho hombres de frente, con parapetos á prueba de bala de mosquete. En el arranque de las dos orillas se hicieron fortines de madera, nombrando *San Felipe* al de la parte de Brabante, y *Santa María* al de la de Flandes, montando en éste 14 piezas de artillería gruesa y nueve en el otro. Los ramales avanzaron 1.200 pies por un lado, y 200 por el otro, hasta llegar á sitios en que la profundidad y la rapidez de la corriente no consentían fundación, y en esto se empleó inmensidad de material de vigas, tablones, clavazón y herramientas.

Quedaba espacio libre de más de 1.200 pies, que había de cerrarse con barcas cuando las hubiera, y las hubo ganadas

<sup>1</sup> Sante Aldegonde.



que fueron las ciudades de Terramunda y de Gante, trayéndolas de ellas por un canal de más de cinco leguas abierto expresamente para este fin, que se llamó *de Parma*. Treinta se emplearon en llenar el hueco de la estacada, amarrándolas con anclas tendidas en dirección de las quillas, y entre sí con dos gruesas cadenas independientemente de los calabrotos. Por popa y proa se formaron dos líneas de barcas enlazadas del mismo modo, como defensa de la principal contra cualquier objeto abandonado á la corriente, y en ellas se montó también artillería, preveyendo el caso de ataque.

En esta obra admirable, asombro de Europa, trabajaron los españoles como castores, dentro del agua, con rapidez que ahogó la risa de los de Amberes al ver escasos y encarecidos los mantenimientos, que no pasaba ya embarcación grande ni pequeña á remediar sus necesidades. El efecto se sintió primeramente en Bruselas; después en Nimega, rindiéndose ambas; la cabeza confiaba todavía en que la flota que se reunía en Middelburgo rompería la traza pasando por encima de las barcas como las naos de Bonifaz pasaron en el Guadalquivir, dando la ciudad al santo rey Fernando.

Entró á su tiempo la armada atacando á Liefkenshoek, y á los intermedios con fuerza que no pudieron resistir las guarniciones, y con estos fuertes y el de Lilloo enfrente, volvieron á mandar el Escalda desde la embocadura: arriba lo dominaban las baterías de Amberes, pero en medio persistía la estacada de Alejandro, porque el almirante holandés Treslong no trató de imitar á Bonifaz, arriesgando los navíos.

Desde la plaza intentaron de mil modos deshacer el estorbo, ya enviando de noche buzos á cortar las amarras, ya despidiendo arietes con la fuerza de la marea; la diligencia de los asaltantes se estrelló siempre contra la vigilancia de los guardianes, é invención contra invención se neutralizaron los ingenios. Al postre, un italiano nombrado Giambelli ó Jambello discurrió una máquina infernal, lanzándola en compañía de otras 16, al parecer embarcaciones sencillas de fugo, de las que muchas veces se habían visto, y las más de



las cuales apartaron del camino los vigilantes, desviándolas hacia las orillas, donde se consumieron. La principal, la grande, llegó á su destino, sin que se consiguiera impedirlo, y produjo horroroso estrago. La explosión fué espantosa, sintiéndose en radio de muchas leguas. El capitán Alonso Vázquez, testigo de vista, describió la máquina de este modo <sup>1</sup>:

«Era un navio muy grande, de alto bordo, de más de 800 toneladas, y los demás que sirvieron de minas como éste, eran de menos porte, y en ellas las hicieron como la de este grande, y dentro dél, desde la quilla hasta la primer cubierta, se hizo una muralla de cal y canto por todos los costados dél, que subía hasta la plaza de armas, y de grueso tenía siete pies, y entre esta muralla y el costado del navío había un hueco ó vacío no muy grande; pero el que bastó para atacarlo muy bien de finisima y refinada pólvora, y se puso gran cantidad della en el lastre, pero mucha más en los costados; y sobre la primera cubierta estaba fundado un parapeto de un palmo de alto y cinco de ancho, quedando llano y liso todo el fondo, y alrededor había otro de palmo y medio de grueso, y en medio quedaba un hueco ó vacío de dos pies de ancho y tan largo como lo era el navío; todo el edificio alto y bajo estaba embutido y lleno de muchas losas de sepulturas de iglesia, muradas unas sobre otras, que hacían siete pies de grueso y con ángulo relevado y diversos agujeros para atacar y embutir pólvora, como lo hicieron, muy fuertemente, para que la mina tuviera más fuerza é hiciera más efecto, y después de cerrada pusieron encima y en todo lo que sobraba de vacío muchas piedras grandes, fagina embreada y gruesos troncos de árbol, de la misma manera, mezclados con medias columnas de piedra, dejando un respiradero, y en él un pequeño fogón para dar fuego, y por los lados y alrededor había muchos tablones que estaban con gran artificio apuntalados, y por encima de la cubierta ni más ni menos, y dentro muchos trozos de cadenas, clavos, yunques de herrero, balas de artillería gruesa, de hierro colado,

<sup>1</sup> Obra citada, t. LXXIII, pág. 31.



y muchos dados de lo mismo, alquitrán y caluna, con otros instrumentos para que, en reventando la mina, hiciese el daño y efecto; y para que se pegase fuego pusieron á la boca del fogón una cuerda de arcabuz buena y refinada y encendida, y que por la otra parte se fuese quemando poco á poco todo el tiempo que les pareció duraría desde Amberes á la estacada, habiendo hecho experiencia con los que habían navegado lo que podían tardar, y teniéndolo tanteado iba la cuerda medida hasta que llegaba el fuego al cabo adonde estaba el fogón, y por si acaso faltase y no emprendiese, hicieron unos artificios como relojes, armados con sus ruedas, de tal manera que, habiendo medido el tiempo de Amberes á la estacada en que la mina podía tardar, diesen en unos pedernales, y en prendiéndose el fuego reventase la mina, que fuese con la cuerda ó con el pedernal. Los demás navíos que iban acompañando á este infernal no fueron de efecto, porque sólo para divertir á la gente que estaba en la estacada y descuidarla usaron deste engaño, que en los navíos pequeños que iban delante sobre las cubiertas ardían leños y faginas embreadas, dando á entender que sólo con aquel fuego habian de quemar la estacada y abrir la navegación; pero la fuerza y artificio de la mina y fuego pusieron en el navío grande de la manera que se ha escrito.

»Reventó con tan grande estrépito que pareció hundirse el mundo; alborotóse y tembló la tierra.....; el agua del poderoso Esquelda se levantó tanto que anegó la mayor parte de la tierra y salió de su asiento, y todos los que se hallaron en la estacada vieron el profundo del río desocupado todo el tiempo que duró la diabólica é infernal máquina en hacer su efecto, que fué el más extraordinario que se pudo imaginar. Rompió toda la parte de la estacada que estaba arrimada á la de Flandes y toda la cabeza de ella, que es donde comenzó á fundarse, y voló todo un rebellín del fuerte de Santa Maria, y una compañía de alemanes que estaban de guardia en él, y toda el artillería, que era mucha, sin que jamás pareciese; voló las tres barcas del puente donde estaban los tres capitanes españoles con sus compañías, y jamás parecieron ellos





feliz en el sitio de Leyde, rompiendo los diques, por manera que, inundado el país, pudieran llegar barcas hasta los muros de la ciudad: no contaban con la diligencia de los españoles en hacer contradiques y en cerrar los portillos abiertos con topes, faginas y materiales amontonados en un momento sobre los cadáveres, de que también se sirvieron, habiendo costado la empresa á los rebeldes más de mil muertos.

Sin desmayar con el experimento, el último en que pusieron la esperanza de destruir la barrera fatal consistió en la construcción de un navío de enormes proporciones, maravilla del arte naval por el espesor de las maderas, la solidez de su trabazón y el ingenio con que tenía combinadas las condiciones de ofensa y defensa. Como ariete, puesto que fuera en movimiento actuando la velocidad con la masa, debía de ser irresistible; como máquina de guerra, presentaba en los costados, popa y proa, dos andanadas de artillería con las piezas de mayor efecto que se conocían. Por las obras muertas corrían parapetos á prueba de bala, y en los palos, la colocación de gavias ó cofas dobles, más y menos altas, consentía llevar arcabuceros que dominaban al enemigo á cubierto de sus tiros. Para la obra no se habían economizado el tiempo ni el dinero; bien empleados estarían alcanzando lo que el pomposo nombre dado á la máquina significaba: el *Fin de la guerra*.

Cuando la oportunidad de aplicarse se creyó llegada, embarcaron en el colosal navío 1.500 tiradores, y, dejando el puerto de Amberes escoltado por la escuadrilla de barcos menores, fué encaminado al contradique de Couwenstein que tenían los españoles en defensa, con propósito de destruirlo, conseguido lo cual, roto el dique del Escalda por encima del puente de Farnesio, y por debajo en sitio de Lilloo, se inundarían los campos, como antes habían pensado, y Amberes tendría comunicación con la mar. El ataque del contradique se combinó entre los de la ciudad y la escuadra, arrojando al fuerte español por un lado el referido *Fin de la guerra*, que empezó á batir furiosamente y lanzó la gente al asalto con no tanto brio; rechazados con pérdida de 400



Juan Andrea Doria.





hombres, queriendo retirarse, varó aquella mole cerca de Ordam. Los de Lilloo, dirigidos por el Conde de Holack, atacaron al contradique con la armada y pelearon gallardamente, llegando á juntarse con los del gobernador Santa Aldegunda. Pasábanlo muy mal los nuestros, batidos por la artillería de los barcos y por la mosquetería, que desde las gavias los dominaba. Desembarcados por varios puntos á la vez, atrincherándose en el acto con sacos de lana y otros ingenios que llevaban, señorearon el contradique, que era lo que pretendían, cortándolo por catorce partes en el espacio de unas siete horas que duró la refriega, con tan espesas cargas que faltaba ya á los nuestros la resistencia. El Conde de Holack y Santa Aldegunda dieron por concluida su victoria, faltándoles tiempo para ir á la ciudad en el primer bajel que pasó por la brecha á gozar de las felicitaciones, prematuras, porque en el mayor apuro llegó al contradique Farnesio con refuerzo de 100 piqueros y empezaron á cambiarse las tornas y á recobrar palmo á palmo lo perdido.

En resumen: viéndose los holandeses acometidos por todas partes, y que en vez de estar cansados y rendidos los españoles habían cóbrado mayor esfuerzo, fueron perdiendo el ánimo y se arrojaban unos al agua pensando llegar á sus navíos, y otros á espaldas vueltas se escapaban por donde podían; pero los españoles les atajaban el paso matando á muchos «y hubo algunos soldados que con las espadas en la boca se arrojaron á nado tras los rebeldes y llegaron á los navíos. y subiendo por las jarcias y como podían, rindieron á los que los gobernaban, y entraron dentro y se apoderaron dellos. Sólo la nación española podía hacer esta fiereza. Puedo asegurar que es cosa jamás vista que soldados nadando aborden con los navíos y los rindan y saqueen» <sup>1</sup>.

En esta batalla tan reñida como sangrienta murieron de los rebeldes cerca de 8.000, sin 800 que se ahogaron, contados el Gobernador de Zelanda, 75 capitanes y 13 coroneles, y perdieron 55 navíos grandes y pequeños, más de 80 piezas

<sup>1</sup> El capitán Alonso Vázquez, obra citada.



de artillería y 20 banderas, esto aparte del gran embeleco, del famoso *Fin de la guerra*, á que los españoles pusieron por irrisión *el Carantamaula*, habiéndole apresado en el sitio donde quedó sin perder un hombre. Del ejército católico hubo heridos más de 500 soldados, y muertos otros tantos de todas naciones, pasando de 400 los españoles: más con este esfuerzo supremo coronaron su obra: se rindió la plaza de Malinas dejando completamente aislada la de Amberes; y contando ya Farnesio con las naves tomadas á los holandeses, se desvaneció la ilusión de romper la cintura con que había oprimido á la ciudad, y temerosos los habitantes de los horrores del saco si entraban, como habían de entrar los españoles, abatieron su arrogancia, obligando al Gobernador á solicitar la capitulación, que le fué acordada, abriendo las puertas el 20 de Agosto de 1585. Quedó memoria de esta gloriosa victoria, según escribía Cabrera de Córdoba, en aquellos tiempos, para enseñar á la posteridad lo más selecto de las acciones militares. El capitán general D. Evaristo San Miguel la ha juzgado en los nuestros <sup>1</sup> como el tercero de los hechos de armas de su especie dignos de celebridad y fama en aquel siglo, viniendo por el orden de fechas el sitio de Amberes, después de los de Rodas y de Malta, pero sin que ninguno le dispute la significación ni la enseñanza.

Con la ocupación de la ciudad y dominio del Escalda cambió radicalmente el estado de los Países Bajos, reducida la insurrección á las provincias del Norte y á las islas donde Farnesio pensaba acabarla. Las operaciones sucesivas son ajenas á nuestro propósito, pues aunque *los anfíbios* realizaran hechos maravillosos peleando en los diques, esguazando canales y reparándose según discurrían de las naves holandesas, como ellos no las tenían, la mar continuaba señoreada por los enemigos, y en poco estuvo que su dominio causara la pérdida del ejército católico con la destrucción de su núcleo.

Invernaban en la isla Bomel los tercios españoles de Mon-

<sup>1</sup> *Historia de Felipe II*, t. III, pág. 186.



dragón, de Iñíguez y de Bobadilla, en junto 61 compañías, sin conocer las peligrosas condiciones del terreno, inferior al nivel de las aguas. Los holandeses los bloquearon con escuadra de 200 velas, creyendo asegurada la presa después de romper los diques. Ante la inundación se fueron retirando los soldados sobre la parte del dique conservado, llevando por delante las vacas y caballos que pudieron recoger; pero allí acudieron las charruas enemigas, cerrando el paso al continente y batiéndolos al descubierto con artillería y arcabucería. Tal llegó á ser la posición, que acordaron los capitanes, consumidas las provisiones, hundir los cañones, quemar las banderas y arrojarse de noche á la perdición asaltando con nueve lanchas que tenían á la flota del conde de Holack. Formado el propósito, empezó á helarse la mar, obligando á las charruas á irse afuera por no quedar aprisionadas, y el hielo se consolidó lo suficiente para soportar á los carros y artillería, quedando burlados los marineros.

Con éstos, y la poderosa flota que constituía la fuerza principal de los confederados, no les quedaban en la primavera de 1587 más que las plazas marítimas de Ostende y la Esclusa en la provincia de Flandes, con el castillo intermedio de Blackemberg. Farnesio determinó reducir las, empezando por la Esclusa, que era fortísima, rodeada por terreno fangoso poco á propósito para levantar trincheras, y á la inmediación de la isla de Walkeren y de los puertos en que se abrigaba la flota holandesa. Por esto adoptó un sistema parecido al del sitio de Amberes, procurando ante todo cortar las comunicaciones con la mar con la ocupación de la isleta de Cadsan y la construcción de dos ramales de estacadas y puentes de barcas desde ella á la tierra firme. Con las obras y la expugnación del castillo de Blackemberg estrechó á la villa, arrimando las trincheras y aislando á la guarnición, compuesta de unos 2.000 hombres, los más ingleses.

Las repetidas acciones del Conde de Holack para socorrerla, los ataques á las estacadas, desembarcos de fuerza que llegó á 5.000 hombres, diversiones y asaltos por otros pueblos, no condujeron más que á hacerle perder barcos y



hombres. Hubo, como en Amberes, empleo de minas, embarcaciones incendiarias y otros ingenios explosivos; sin embargo, los sitiados se rindieron sin esperar el asalto, y fué ésta la última de las funciones relacionadas con la marina por aquel lado.

Las reflexiones que en conjunto sugirieron al soldado historiador citado varias veces, eco probablemente de la opinión de sus compañeros, acaso de la que hiciera conocer Alejandro Farnesio, como mucho antes lo había hecho don García de Toledo, merecen consignarse y tenerlas presentes al abarcar las empresas de la edad <sup>4</sup>.

«No sé que puedan ser mejores marineros ni más venturosos los de otras naciones que los españoles, sino que el no inclinarse á la navegación como los demás es causa de sus infelices sucesos, y no hay que maravillarse, pues los premios de los soldados que sirven en la mar no son iguales á los que lo hacen en campaña, y no sé si es acertado, pues son mayores los peligros y trabajos de las embarcaciones que las que se pasan marchando en tierra; y si se hiciese, ya que no fuese más, sino tanta estimación de las batallas navales como de las murales, y otras donde se espera mayor premio, habría más marineros y soldados de mar; y como ven al contrario de lo que esperan, pocos se inclinan á la navegación, y es de tanta importancia el hacerlo, como tantas veces por experiencia lo hemos visto, y se sabe que el príncipe que fuere señor de la mar lo será de la tierra, y con sólo ella, y sin marineros ni armadas, no la podrá conservar.»

<sup>4</sup> Alonso Vázquez, obra indicada, t. LXXIII, pág. 253. El autor sirvió en mar y tierra, como los más de su tiempo.